



Seguidores del ala moderada del Consejo Nacional Africano celebran la vuelta de su líder, Joshua Nkomo.

El futuro de Rhodesia

RHODESIA por África del Sur? En un principio, parecería que la jugada diplomática de Estados Unidos al forzar a los blancos rhodesianos para que acepten un Gobierno de mayoría (la de los seis o siete millones de negros, mal cen-

desia y que irían a aumentar su minoría racial: blancos aguerridos, conservadores y con un nuevo dinero que saldría de las indemnizaciones previstas para su expropiación.

Pero nada es tan fácil ni tan sen-

Eduardo Haro Tecglen

sados, y no la de los 250.000 ó 275.000 blancos) sería a cambio de consolidar la Unión Sudafricana, mucho más importante desde un punto de vista económico, geopolítico, militar. Que acogería gustosa a los blancos que saliesen de Rho-

cillo. Hay en medio una ficción jurídica que no se sostiene. Es la diferencia entre la realidad de Estado —el "Estado de Derecho"— entre África del Sur y Rhodesia. La Unión Sudafricana se rebeló contra la Corona de Gran Bretaña en 1910 y

consiguió su "status" de República: fue reconocida por el mundo y se convirtió en una nación de pleno derecho. Sólo después de la última posguerra mundial, cuando comenzaron las descolonizaciones y apareció con fuerza la lucha contra el racismo —como consecuencia, sobre todo, de las matanzas de judíos en Alemania, que suscitaron un tema pudorosamente tapado—, la Unión Sudafricana comenzó a sufrir ataques por parte de los nuevos países negros de África, de los del Tercer Mundo y, en cierta forma, por continuar una tendencia política, de los países occidentales. La Unión Sudafricana ha tratado de envolver el racismo en el sistema del "apartheid", que supondría si fuese verdad una identidad de derechos de las razas en entidades separadas, y en la concesión de territorios: el racismo no sólo no ha cesado, sino que, como los últimos incidentes raciales lo están demostrando, está en un punto culminante.

La situación jurídica de Rhodesia es distinta: es una colonia rebelde que ha proclamado una independencia unilateral y no ha sido reconocida por el mundo. Ese Estado de rebeldía y de no reconocimiento es el que ha obligado a Kissinger a acudir a otra ficción para sus entrevistas con Ian Smith: se han celebrado en Pretoria y como casualmente. Sin embargo, han sido lo suficientemente fuertes como para obligar a retroceder o a adoptar líneas de defensa más retrasadas a un poder que desafía al mundo —a un mundo no excesivamente

ofensivo— desde hace once años.

El territorio de Rhodesia fue adquirido y conquistado mediante mercenarios, en el siglo XIX, por una empresa industrial y comercial, la British South African Company. Su creador y director fue Cecil Rhodes —luego sir Cecil—, que, en toda modestia, dio al país su propio nombre: Rhodesia. Era una cuestión de minerales preciosos —a partir del oro— y de tabaco. Todo se fue ampliando después con ferrocarriles, con presas hidroeléctricas y de riego: nació un país, y no sólo un país, sino una pieza en una infraestructura colonial amplia por las intercomunicaciones y el comercio. Entendamos claramente cuál era la riqueza principal de esta empresa-nación con súbditos-esclavos: la mano de obra barata. Esclavista o casi esclavista. La resistencia nativa no cejó nunca. Y la conquista fue un poco paralela a la del "Far West" americano: granjeros con fusil y granjas-castillo. Hubo un momento, tras la independencia de Sudáfrica, en el que Rhodesia pudo sumarse a ella, y se produjeron luchas internas en ese sentido; pero finalmente prefirió continuar dentro de la Corona británica, dentro de la autonomía permitida por la Commonwealth. Sin embargo, había una fuerte corriente de opinión en favor de la independencia total y absoluta. Ganó esta facción, y se produjo la reclamación unilateral de independencia. Todos los intentos de negociación o mediación fueron rechazados, y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas dictó unas



Ian Smith: La suerte aún no está echada.

El futuro de Rhodesia

sanciones: el embargo sobre todas las entregas de armas y el boicot sobre todas las exportaciones procedentes de Rhodesia. Es inútil decir que no se han cumplido. Se han fingido cumplir, pero nada más. Entre otros violadores de las disposiciones de la ONU, sus dos vecinos más poderosos: la Unión Sudafricana, interesadísima en mantener la entereza blanca, y Portugal, que era la última nación colonial de África. La caída de las colonias portuguesas en África tras la del fascismo en la metrópoli, fue el golpe más grave para Rhodesia: empezó una situación de tensión de guerra con Mozambique, y, finalmente, la victoria de los izquierdistas en la guerra civil de Angola le produjo un nuevo frente. Las guerrillas internas comenzaron a tener importancia. Y la diplomacia de los Estados Unidos comenzó a presionar. Los Estados Unidos tenían bastante olvidada la cuestión africana, más entregados en primer lugar a la asiática —Vietnam, Indochina— y luego por la cuestión de Oriente Medio. Los Estados Unidos han reaccionado muy tarde, cuando ya han visto la pérdida de Angola para su causa. Han temido que una situación de resistencia a ultranza del Gobierno de Ian Smith produjese una nueva guerra civil y la intervención de otros países africanos llegase a una verdadera guerra en el continente: otro Vietnam. Algo terrorífico, y sobre todo en plena campaña electoral.

La presión del viaje de Kissinger se centraba, por lo tanto, en estos temas: buscar una salida para Rhodesia y consolidar la situación de Sudafrica. Y este es el principio de acuerdo que ha anunciado Ian Smith en su dramática alocución.

Pero, repitamos, las cosas no son tan sencillas. El acuerdo conseguido hasta ahora fija un largo plazo de dos años, durante los cuales pueden pasar muchas cosas, para la concesión del poder a la mayoría negra —simplemente, a la mayoría—, y las condiciones las va a establecer un Gobierno provisional dividido en dos instancias: un Consejo de Estado, presidido por un blanco y con mayoría blanca, que ha de establecer la Constitución futura, que es la forma de convivencia de blancos y negros y el sistema democrático que haya de adoptarse, y el Gobierno propiamente dicho, que habrá de ser presidido por un negro —moderado— y

con mayoría negra, pero con dos Ministerios clave en manos de los blancos: el de la Defensa —el Ejército, bien armado y bien adiestrado, y enteramente blanco y con negros colaboracionistas— y el de Orden Público: es decir, una Policía también numerosa y fuerte y adiestrada en la represión de revueltas. A cambio, se suprimen las sanciones contra Rhodesia: los Estados Unidos han comenzado ya, y también de una manera unilateral, puesto que deberían obedecer las órdenes de las Naciones Unidas. Y habría una amnistía para los negros encarcelados por delitos políticos.

Lo importante ahora es que todas las partes acepten esto. Entre las minorías blancas hay ya un terrible descontento: el que comenzó a haber en Mozambique o en Angola cuando comenzaron las negociaciones. Es decir, la certidumbre de que en un plazo más o menos largo están condenadas a perder su poder —en otras palabras, a ceder en la explotación de los negros— y a salir del país. Por otra parte, los negros más radicales temen la trampa. No tienen ninguna seguridad de que todo este proceso no vaya en favor de los blancos y la democracia se convierta en ficción. Perderían, en cambio, su actividad guerrillera. Una guerrilla es difícil de montar, difícil de sostener, pero si amaina o pacta, se ha perdido para siempre. Fue el caso de los Tupamaros en Uruguay, que cedieron en sus actividades para permitir unas elecciones libres en las que la izquierda estaba representada por el Frente Amplio, y perdieron las elecciones y ya no pudieron reconstruir la actividad guerrillera. Conservar simplemente latentes las guerrillas no es posible. Por otra parte, pueden perder en este pacto la ayuda de otros países enteramente negros, pero políticamente occidentalistas, que ahora ayudan a sus compañeros de raza y color, pero a los que una ficción de democracia podría permitir acomodarse, como es un íntimo deseo. Ningún Gobierno conservador, por negro que sea, desea un triunfo revolucionario en sus proximidades.

Por lo tanto, es por lo menos excesivo asegurar que Kissinger ha resuelto un problema. En realidad, ha iniciado una fase, una importante fase. Lo suficiente para ayudar de una manera grande a Ford en su campaña electoral. Pero nada más.

La gran cuestión comienza ahora. En dos años, Rhodesia puede de verdad convertirse en un país más justo (pueden tenerse todas las dudas) o, por el contrario, puede ser un caos, a partir de ya.

La suerte no está echada. ■

La Capilla siXtina

LOS SEIS MOSQUETEROS

UNA de las primeras lecciones de relativismo que nos dio la Literatura fue la de que los tres mosqueteros eran cuatro. Sabía y conveniente lección en unos años en que se aseguraba que las pirámides de Egipto sólo eran tres, dos los sexos y una la Verdad. Ahora, la derecha española se apresta a robustecer nuestro firme credo relativista con la evidencia de que los cuatro mosqueteros son cinco.

En efecto: Fraga, Silva, Martínez Esteruelas y De la Mora son cuatro mosqueteros, pero son cinco, y el quinto mosquetero no es otro que el en otro tiempo cardenal Richelieu del Régimen: el pío López Rodó. Notable alianza. Silva representa la mitad de la jugada política de la jerarquía católica; Martínez Esteruelas aporta ese funcionariado noefranquista que no quiere pagar los platos rotos de la reforma; De la Mora se representa a sí mismo y tal vez arrastre a parte del integrista con desodorante, y Fraga tiene atribuido el papel de D'Artagnan desde que nació. Fraga será el espadachín principal del bloque. Se le siguen atribuyendo misteriosos poderes ocultos de "consensus" militar y es el único político español de derechas al que le importa un higo el qué dirán de él. Actúa como si sus errores fueran invisibles, y es tal su obstinación en este sentido, que el público puede llegar a olvidar sus errores. Dijo: La calle es mía, y hay que ver cómo la dejó.

¿Qué aporta López Rodó? Sin duda, el apoyo a la Operación Centro de poderosos intereses del neocapitalismo español, ese neocapitalismo crecido y engordado a partir de la reforma económica de los ministros del Opus. Los que estamos en condiciones de presenciar este pacto entre notorios notorios del Régimen como si fuera un espectáculo teatral, podemos pasarlo muy bien apreciando las cualidades interpretativas de cada "vedette": Silva pondrá el latín; De la Mora, la filosofía; equivocándose o no de Marcuse (hay tres o cuatro); Martínez Esteruelas, el libro del Debe y el Haber con su amplio y reposado aspecto de contable; Fraga, la fuerza política, y López Rodó, el cilicio y la ducha fría, tan convenientes para frenar la lujuria de poder de sus compañeros de quinteto. La clave del espectáculo radica en la combinación de ambiciones. Hay ambiciones frías y calientes. Fría la de Silva o De la Mora, caliente la de Fraga. La ambición de López Rodó es helada y lenta, como las morrenas de los glaciares. Está en el polo opuesto de la ambición caliente y bulliciosa de un Adolfo Suárez, capaz de llegar al poder de piscina en piscina, tapia tras tapia, con un "a su disposición" detrás de otro "a su disposición". Impresionante personaje el jefe de Gobierno. Auténtico Julien Sorel del Régimen, al que deseamos mejor suerte que su equivalente literario, y nosotros que lo veamos.

Precisamente otro punto fundamental en la constitución del quinteto es el papel que juega o jugará el señor Suárez. Quiénes creíamos que era un político de verano, empezamos a comprobar que puede resistir un otoño y que su tenacidad de nadador o jugador de tenis para llegar al poder no le va a plegar y meter en el desván por muchas coaliciones que le echen. ¿Será el sexto y secreto mosquetero, aceptado con pánico y a regañadientes por cinco ingenuos? ■

SIXTO CAMARA